

6

Objetividad y subjetividad en la experiencia cristiana

Juan M. Castañeda

Tesis

A. No es correcto separar, ni mucho menos contraponer, el elemento objetivo y el elemento subjetivo en la experiencia de la vida cristiana. Ambos tienen una relación tan estrecha que es imposible menospreciar uno sin afectar al otro.

B. La experiencia cristiana de la salvación es tanto objetiva como subjetiva. Objetiva, porque descansa sobre el fundamento eterno e inamovible de la gracia de Dios dada a nosotros en Cristo Jesús, como se revela en las Sagradas Escrituras, que son nuestra norma suprema y final de fe y conducta. Subjetiva, porque el Autor de nuestra salvación, por la acción del Espíritu Santo, da testimonio a nuestro espíritu (testimonio interno) de que somos hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo. Objetiva, porque es lo que Dios ha hecho *por nosotros* en Cristo (Rm

8.28-30). Subjetiva, porque es lo que Dios ha hecho y está haciendo *en nosotros* por Cristo (Pr 4.18; Gl 4.19).

C. El elemento objetivo tiene la primacía, porque la salvación viene de Dios hacia el ser humano como expresión de su sola gracia (Ef 2.8). El elemento subjetivo tiene que ver con el hecho de que el ser humano, por la sola fe, recibe la salvación de Dios y es transformado en una nueva criatura (2 Co 5.17).

La polarización: objetividad - subjetividad

Desde todos los tiempos se ha dado esta polarización en la iglesia cristiana, si bien con diferentes matices. Por ejemplo: se habla de cristianos intelectuales y espirituales, los apegados a la letra y los apegados al Espíritu, los que enfatizan la doctrina y los que enfatizan la experiencia, los que descansan exclusivamente en la revelación escrita y los que reclaman, además, poseer revelación inmediata del Espíritu.

Esta polarización es una de las más antiguas dificultades con que la iglesia cristiana ha tenido que bregar desde los tiempos apostólicos en la iglesia de Corinto, pasando por Marción (siglo 2), hasta el tremendo despertamiento neopentecostal nuestros días.

Quienes se consideran herederos del legado teológico de la Reforma Protestante del siglo 16 advierten que la cristiandad actual, influida por «los tres neos», neopentecostalismo, neo-romanismo y neo-evangelicalismo, ha movido el fundamento de la fe cristiana de la objetividad de la Escritura a la subjetividad de la experiencia.

Roberto D. Brinsmead, dos décadas atrás, nos advertía que el pentecostalismo moderno

se distingue por su énfasis abrumador sobre la experiencia, frecuentemente llamado el bautismo con el Espíritu Santo.

Luego, cita al cardenal Suenens, en el contexto de la Séptima Conferencia Carismática de Renovación (1973), que expresó:

...Los cristianos de diferentes iglesias necesitan experimentar que ellos mismos pertenecen a la misma familia, que son hermanos, y esto está sucediendo en la renovación carismática.

Agrega Brinsmead que el «neo-trío»

se acerca entre sí cada vez más en un lazo creciente de simpatía. Hay una razón para esto. Cada uno de los integrantes del «neo-trío» coloca un énfasis singular sobre la experiencia interna. El factor unitivo es que el mensaje de cada uno de los neos es la centralidad de la experiencia religiosa.

Observa, además, que

la literatura neo-pentecostal está dedicada casi exclusivamente a la experiencia... se hace mucho uso del testimonio personal». El movimiento evangélico, para no quedarse atrás de los pentecostales y carismáticos, «está bien metido en el comercio de vender el evangelio de la maravillosa experiencia interna...

El mensaje de cada uno (de los tres neos) se centraliza abrumadoramente sobre la experiencia mística interna del creyente.

Por último, señala que el panorama religioso actual,

en lugar de ocuparse en la persona y obra de Cristo, como lo hicieron los apóstoles y reformadores... está ocupado en las experiencias religio-sas.

Las bien ponderadas observaciones de Brinsmead nos indican que, en términos bastante generales, la cristiandad contemporánea se orienta fuertemente hacia la subjetividad de la experiencia religiosa como valor supremo de la vida y de la fe cristiana.

Similar preocupación mostró Geoffrey J. Paxton (ministro anglicano ordenado) con respecto a la primacía de la experiencia sobre la Escritura en el fermento religioso pro-tagonizado por los tres neos. Paxton señala que, a pesar de las afirmaciones apasionadas referentes a la Biblia, la dirección general del panorama religioso actual es subordinar la Biblia a la experiencia:

El rumbo dominante es hacia la posición de poner la experiencia por encima de la Palabra, exaltar la experiencia del hombre por encima de la Palabra escrita.

Paxton observa que, en el movimiento carismático, existe una alarmante superficialidad en el uso de las Escrituras:

En demasiadas ocasiones queda precisamente ignorada. Con frecuencia, cuando se hace caso omiso de la Biblia, se hace recurriendo al Espíritu.

El papel determinante de la experiencia sobre la Palabra es una característica del evangelicalismo popular.

Luego concluye diciendo que

... cuando hablamos de la experiencia sobre el Evangelio, estamos diciendo que el mensaje de la Biblia queda subordinado al mensaje del hombre.

En el contexto del Segundo Congreso Latinoamericano de Evangelización (CLADE II), en Huampaní, Perú, en 1979, el pastor Leopoldo E. Scetti, de la Iglesia Cristiana Misionera, hizo una entrevista al doctor Emilio Antonio Núñez, encargado del mensaje de apertura del Congreso. Desde su primera respuesta, el doctor Núñez señala que

... hay quienes quieren exaltar la autoridad de la razón humana (sobre la Escritura) y caen en el racionalismo; otros quieren exaltar la autoridad de la experiencia humana, y caen en el subjetivismo.

Luego agrega en otra respuesta:

También veo que aún dentro del pueblo evangélico latinoamericano, esto de la experiencia cristiana viene a valorarse, en muchos casos, por encima de la revelación objetiva de la Palabra escrita de Dios.

El pastor Scetti, en el comentario de su quinta pregunta al doctor Nuñez, parece bien radical al expresar que el subjetivismo está siendo casi como un ídolo:

Pues hay una forma de idolatría hacia el subjetivismo de la experiencia de Cristo en

nosotros.

Para quien escribe esta ponencia, las observaciones de Brinsmead, Paxton y Núñez son tan valederas hoy como lo fueron en el momento de expresarse, hace dos décadas.

La tensión entre la objetividad del evangelio y la subjetividad de la experiencia está siempre presente. Es más, parece que esta tensión es parte esencial de la naturaleza de la religión cristiana. Dios es Dios, *aparte de nosotros (Yahweh)*; pero él es igualmente Dios *por nosotros* (en favor nuestro); es Dios *con nosotros (Emanuel)* y Dios *en nosotros*.

No podemos separar al Cristo de la historia del Cristo de la experiencia. No podemos separar la Escritura del Espíritu. No podemos separar el evangelio de Dios y la experiencia del ser humano en el hecho de la salvación. Tampoco deberíamos separar la doctrina y el testimonio, porque una doctrina sin testimonio es una doctrina muerta y un testimonio sin doctrina es un testimonio riesgoso.

El Cristo de la historia y el Cristo de la experiencia

Providencialmente llegó a mis manos un tratado que, precisamente, se titula así: «El Cristo de la historia y el Cristo de la experiencia». Éste expresa nítidamente la tensión objetivo-subjetiva. Dice así en su primera parte:

Al leer las noticias en cuanto a la Revolución de Jesús y la rápida diseminación del movimiento carismático en general, parecería que el mundo se está volviendo hacia Jesús de repente. La

característica más sorprendente de este desarrollo es el testimonio de aquellos que están experimentando a Jesús en sus vidas. Ellos pregonan al Cristo de su experiencia. Para ellos Jesús parece real —tan real que pueden testificar de ello por experiencias extraordinarias en sus propias vidas—. El Cristo de la experiencia, por lo tanto, ha llegado a ser el gran punto de evangelización de la Revolución de Jesús. Muchos afirman que este Jesús es real y tangible, mientras que el Cristo de la historia es lejano e impersonal, a la vez que irreal.

Aquí vemos la tendencia a polarizar y contraponer el Cristo de la historia y el de la experiencia; casi da la idea que son dos Cristos. Pero yo digo: Cristo es uno. Él es la segunda persona de la Trinidad; es histórico porque, en el tiempo de Dios, se hizo parte de la historia (Gl 4.4), pero trasciende la historia: él es eterno (Jn 1.1-3). Él es también el mismísimo Cristo de la experiencia.

Jesús es el Salvador de todos los que lo reciben mediante la fe, pero para mí, él es *mi* Salvador. Él está a la diestra del Padre como nuestro intercesor, pero está *conmigo* hoy aquí. El es el buen pastor, pero es también *mi* pastor. El es quien ha amado a la humanidad, pero también es el que desea que *yo* lo ame personalmente y le exprese mi amor (Jn 21.15-17). Él es quien llevó en su herido cuerpo las enfermedades de la gente (Is 53.4-5), pero también, el que *me* sana hoy de *mis* enfermedades (Stg 5.14-15). Él es el Cristo encarnado, nacido de mujer, crucificado, muerto, resucitado y glorificado; pero él es también el que camina conmigo acompañándome en mi peregrinar (Lc 24.15).

En el discurso de apertura de CLADE II, el doctor Núñez hizo la presentación más excelente que yo haya leído acerca

de Cristo; él afirma: «Sólo Cristo salva». Y luego pregunta:

Pero, ¿Cuál Cristo? El Cristo Dios, el Cristo histórico, el Cristo humano, el Cristo pobre, el Cristo profeta, el Cristo cordero de Dios, el Cristo viviente, el Cristo sacerdote, el Cristo Rey.

Y culmina diciendo: «Cristo, el de la renovación total». En mi opinión, éste es el Cristo de la experiencia.

Yo no pienso que se sacrifique la ortodoxia cristiana al decir que el Cristo de la historia y el Cristo de la experiencia son el mismo y único Cristo; el unigénito del Padre, la segunda persona de la Trinidad, el Cristo trascendente y el Cristo inmanente. El que me tiende su mano, pero al que puedo yo también extender mi mano para, en un acto de fe, tocar el borde de su vestido y recibir el favor de su bondad (Mr 5.25-34).

Comprendo a quienes sospechan del sobre-énfasis en el Cristo de la experiencia, pero me pregunto si no es la consecuencia lógica de predicar a un Cristo tan distante, tan fuera de nuestra realidad, tan lejos, que no parece ser el Cristo del evangelio. Gloria a Dios por el Cristo encarnado y nacido en Belén hace 2000 años; éste es el Cristo de la historia. Pero igualmente, gloria a Dios porque este Cristo histórico es también el Cristo de la experiencia, que nos dice:

He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. (Ap 3.20)

Y además agrega:

Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

(Mt 18.20)

Y, qué palabras de despedida las de nuestro Señor:

...He aquí yo estoy con vosotros todos los días,
hasta el fin del mundo. Amén.

Este es el Cristo del evangelio.

La Escritura y el Espíritu

En el primer capítulo de su libro, titulado «Nuestra herencia pentecostal», el doctor John A. Sims aborda la cuestión de la unidad de la Palabra y el Espíritu. Su postura al respecto es la del pentecostalismo clásico. Sims dice que, para los pentecostales,

... la teología ortodoxa, la experiencia y la práctica empiezan en la Escritura como verdad cristiana. La verdad sobre Dios, sus propósitos y cómo él busca relacionarse con nosotros no es cuestión de descubrimiento humano sino de revelación divina en los escritos sagrados. Esta es la roca fundamental en la que debe descansar la espiritualidad legítima... La espiritualidad pentecostal estuvo fundada en la autoridad bíblica desde el principio del movimiento.

El primer artículo de fe establecido en la Primera Asamblea General de la Iglesia de Dios (1906), decía:

Creemos en la Biblia completa, correctamente interpretada, y en el Nuevo Testamento como nuestra regla de gobierno.

Y el primer artículo de la Declaración de Fe reza así: «Creemos en la inspiración verbal de la Biblia».

Estas declaraciones afirman, con los términos más fuertes posibles, la creencia de que la Escritura es infalible en todo lo que dice y enseña. El Espíritu de Dios habló mediante los profetas y apóstoles para darnos la Palabra escrita, y ésta es la única autoridad para la verdad cristiana. Esta Palabra escrita, contenida en los 66 libros canónicos que comprenden la Biblia protestante, es la norma por la que se prueba y juzga toda experiencia, razón y tradición.

Los pentecostales son invariables en su convicción de que la experiencia espiritual siempre se debe criticar por normas objetivas de la Escritura. No obstante, ellos también creen que una teología viable no puede estar aislada de la experiencia significativa. La teología que no es confirmada por experiencia religiosa auténtica no tiene muchas posibilidades de vitalidad o poder de permanencia. Aún cuando las verdades de la fe evangélica pueden permanecer ciertas e inmovibles, también pueden carecer de vitalidad. Lo que nosotros conocemos intelectualmente puede contribuir muy poco para formar nuestras vidas. A menos que las verdades sean autenticadas y encendidas por el Espíritu Santo, no generan poder espiritual o testimonio efectivo.

La obra del Espíritu Santo siempre presupone la revelación dada en la Escritura y sirve para preparar los corazones con el fin de que respondan a y abracen la Palabra. La Palabra es hecha auténtica en aquellos que son fortalecidos por el Espíritu para percibir esta autenticidad. El azúcar es dulce ya sea que la probemos o no. Su dulzura es autenticada sólo para aquellos que son capaces de probarla. El color azul es azul independientemente de si

confiamos o no en nuestra vista. Con todo, el color azul sólo es confirmado por aquellos que pueden ver el azul.

Juan Calvino, el reformador protestante, habló de esta correlación necesaria entre las dimensiones objetivas y subjetivas de la autoridad bíblica. En su «Institución de la religión cristiana», escribió:

La Palabra en sí no tiene mucha certeza para nosotros, a menos de que sea confirmada por el testimonio del Espíritu. Pues el Señor ha establecido un tipo de conexión mutua entre la certeza de su Palabra y de su Espíritu; de tal manera que nuestras mentes están llenas de una reverencia sólida hacia la Palabra cuando, mediante la luz del Espíritu, somos capacitados para contemplar el rostro de Dios; y por otro lado, nosotros recibimos gozosamente el Espíritu cuando lo reconocemos a él en su imagen, es decir, en la Palabra.

Por lo tanto, el Espíritu Santo trabaja de dos maneras. Él trabaja externamente mediante la Palabra inspirada y escrita; él trabaja internamente como el Espíritu que ilumina y convence. La majestad de Dios está en su Palabra pero nosotros no vemos dicha majestad a menos de que el Espíritu Santo nos la muestre. El testimonio vivo del Espíritu nos salvaguarda contra el peligro del abuso escritural, mientras que la verdad objetiva de la Palabra revelada nos guarda contra los excesos de la subjetividad.

La espiritualidad pentecostal sostiene que la fe genuina siempre debe ser una actividad personal. El Espíritu Santo no nos presenta un «objeto» sino a un «Tú» personal. La forma más elevada de conocer a Dios es «conocimiento por relación». Aquellos que tienen una relación y comunión

personal con Cristo mediante la acción del Espíritu Santo, lo conocen mejor.

Nunca se puede contradecir o pasar por alto la autoridad de la Palabra escrita, pues los profetas y apóstoles que nos trajeron la Palabra escrita fueron ejercitados por la inspiración del Espíritu Santo de una manera especial y única. Esto no significa que el Espíritu de Dios ya no hable más al pueblo de Dios. En el corazón de la adoración pentecostal hay un sentido de vivir en presencia del Espíritu Santo y de ser guiado por el mismo Espíritu. Steve Land, teólogo pentecostal, alude a esta vital interacción de la Palabra y el Espíritu:

La experiencia es vital para conocer la verdad, ya que la verdad no es meramente proposicional: es personal («El que no ama no conoce a Dios», 1Jn 4.8). Por lo tanto, en la espiritualidad pentecostal hay un reunirse para escuchar el testimonio de la Escritura, escuchar nuestros testimonios, esperar por el llamado crítico del Espíritu a la acción-aplicación y, luego, ceder a su liderazgo. A medida que los pentecostales actúan en la Palabra y caminan en la luz, tienen comunión (como lo promete la Escritura) y son limpios de toda injusticia.

French Arrington, erudito bíblico pentecostal, abunda más sobre este asunto:

Los pentecostales no ven al conocimiento como un reconocimiento cognoscitivo de un grupo de preceptos sino como una relación con Aquel que ha establecido los preceptos por los que vivimos. Las enseñanzas de las Escrituras permanecen ambiguas hasta que el Espíritu Santo, quien incluso escudriña las cosas profundas de Dios

(1Co 2.10), ilumina el entendimiento humano sobre los misterios del evangelio, aunque tal epistemología pneu-mática halla sus raíces en la Escritura misma... Por lo tanto, creer no es sólo una aceptación intelectual de preceptos, sino que es una respuesta vi-vencial a su relación con el Espíritu de Dios. Como resultado, el creyente llega a entender la Palabra de Dios sólo en su relación con su autor último, el Espíritu de Dios.

Nuevamente afirmo que no se puede separar la Escritura y el Espíritu. Un avivamiento espiritual es genuino cuando se deriva de un estudio serio de las Sagradas Escrituras, acompañado de una actitud de obediencia hacia las mismas. Igualmente, el estudio concienzudo de las Es-crituras ha de conducirnos a experimentar una vida espiritual abundante (Neh 8). Si esto no ocurre, hay sufi-cientes razones para poner en duda tal avivamiento o tal apego a la Palabra de Dios.

Un «avivamiento» que deponga la centralidad de las Sagradas Escrituras será cualquier cosa, menos un aviva-miento del Espíritu Santo. Una predicación que presuma de ser «bíblica» pero que no conmueve los corazones de los seres humanos, compromete seriamente el poder de la Palabra.

¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras? (Lc 24.32)

Este es el poder de la Palabra, ella hace arder el corazón de los seres humanos, aún cuando éstos sean «insensatos y tardos de corazón para creer». (Lc 24.25)

El Evangelio y la experiencia

Otra vez afirmo: No podemos separar el evangelio de Dios y la experiencia del ser humano en el hecho de la salvación. Los pentecostales, cuando hablamos de la salvación, generalmente decimos: «La experiencia de la salvación».

El llamado del evangelio es tan radical que el ser humano no puede quedarse indiferente: lo acepta o lo rechaza. Quienes escuchan y aceptan el llamado del evangelio, sufren la experiencia más dramática de su vida. El «evangelio» que no produce una experiencia crítica en la vida humana, podrá ser cualquier cosa, menos el evangelio de Jesucristo.

Así que no se trata de negar la experiencia de un encuentro personal con Jesucristo. Pero lo que sí es cierto es que la experiencia jamás debe sustituir al evangelio. Igual que muchos cristianos, también me fastidioso de escuchar y leer tantísimas experiencias religiosas desnudas de evangelio.

El mandato del Señor es

Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. (Mr 16:15)

El relato de nuestras experiencias personales tiene razón de ser como medio de ilustración y/o confirmación del evangelio, pero jamás como sustitución del mismo. Las palabras de Brinsmead son inmejorables en este sentido, cuando dice:

Ninguno que crea en la Biblia cuestiona la importancia de la experiencia religiosa ni el lugar de una genuina religión de corazón. Pero el «neotríptico» ha movido la experiencia religiosa al centro

de su mensaje.

Esto, de hacer de la experiencia religiosa el centro del mensaje cristiano, es una infidelidad al evangelio de Jesucristo. Cristo y sólo Cristo es el centro del mensaje cristiano. El apóstol Pablo fue un campeón en relatar sus experiencias cuando las circunstancias de su defensa personal lo requerían pero, aún en esas circunstancias, jamás sacrificó ni el contenido ni el espíritu del evangelio. Desafió al rey Agripa a creer en los profetas, no a creer en su experiencia (Hch 26.27).

La doctrina y el testimonio

Ya he expresado que una doctrina sin testimonio es doctrina muerta y un testimonio sin doctrina es testimonio riesgoso. Nuevamente observo que estos elementos son inseparables pero deben ir en el orden correcto según el evangelio. La iglesia cristiana de Jerusalén, protagonista del derramamiento del Espíritu Santo el día de Pentecostés, abundaba en testimonio (Hch 2.40) pero igualmente perseveraba en la doctrina de los apóstoles (Hch 2.42).

Jesucristo dijo a sus discípulos:

Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis *testigos* en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra.

Aquí el Señor comisiona a sus discípulos a ser testigos de él en el mundo entero. Obsérvese que la comisión es *ser testigos de él*. Esto significa ser testigos de su persona, de su obra, de su evangelio, lo que equivale a ser testigos de su

doctrina.

Se dice que la mujer samaritana fue la primera evangelista de Samaria; su testimonio atrajo a una cantidad enorme de gente hacia Cristo.

Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo? Entonces salieron de la ciudad y vinieron a él... y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho... (Jn 4.28-29,39-42)

Después de escuchar personalmente a Jesús, aquellas personas concluyeron:

Sabemos que éste es el Salvador del mundo, el Cristo.

Después de un milagro de liberación en la región de Gadara, Jesús le ordena al liberado:

Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti. Y se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban. (Mr 5.19-20)

En base a estos casos podemos concluir que el verdadero testimonio cristiano es aquel que exalta a Jesucristo, centra la atención en la persona y obra de Cristo, conduce a la gente a Cristo; es un medio, no un fin. El principio y el fin es sólo Cristo. Los portadores del testimonio, en la mayoría de los casos, son anónimos; ellos jamás buscaron ser estrellas. He aquí los signos del testimonio cristiano de

acuerdo a la doctrina y espíritu del evangelio.

Conclusión

La objetividad y la subjetividad son dos aspectos inseparables en la vida cristiana; no debemos tomar partido por uno en detrimento del otro; más bien, debemos integrarlos de acuerdo con el evangelio, dando el valor e importancia que cada aspecto tiene.

La predicación del evangelio debe ser equilibradamente tanto apologetica como testimonial. Esto requiere de erudición bíblica, por una parte, y una experiencia profunda y genuina con Dios, por otra. Sólo quien conoce el evangelio puede presentar defensa del evangelio, y sólo quien tenga una experiencia personal y profunda con Dios será portador de un testimonio conmovedor que confirme la doctrina cristiana.

Por ambas cosas, superficialidad en el conocimiento de la Escritura y carencia de una experiencia genuinamente cristiana, pido perdón a Dios y a mis hermanos. Exhorto respetuosamente a mis hermanos en la fe a asumir el compromiso de conocer y predicar más la Palabra de Dios y que, como fruto de esta predicación, le pidamos al Señor el ver a hombres y mujeres radicalmente transformados, como la luz del mundo y la sal de la tierra. Amén.